8. Porque les he dado las palabras, que me diste : y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente, que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

9. Yo ruego por ellos ; no ruego por el mundo, sino por estos, que me diste, porque tuyos son ;

10. Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías ; y en ellas he sido glorificado.

11. Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y yo voy á ti. Padre santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste ; para que sean una cosa, como también nosotros.

12. Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé á los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura.

13. Mas ahora voy á ti, y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos.

14. Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

15. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes de mal.

16. No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo.

17. Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad.

18. Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo.

19. Y por ellos yo me santifico á mí mismo ; para que ellos sean también santificados en verdad.

20. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.

21. Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros ; para que el mundo crea que tú me enviaste.

22. Yo les he dado la gloria, que tú me diste ; para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa.

23. Yo en ellos, y tú en mí : para que sean consumados

en una cosa ; y que conozca el mundo, que tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste á mí :

24. Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy : para que vean mi gloria, que tú me diste : porque me has amado antes del establecimiento del mundo.

25. Padre justo, el mundo no te ha conocido : mas yo te he conocido ; y éstos han conocido que tú me enviaste.

26. Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer : para que el amor, con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

ANECDOTAS.

Un italiano muy aficionado al juego, y no muy sobrante de medios, solía decir cuando perdía : ¡ Oh fortuna traidora ! tú puedes hacerme perder ; pero no podrás hacerme pagar.

Cuando Cortés volvió á España, fué recibido con la mayor frialdad por el Emperador Carlos V. Presentóse un día inesperadamente á este monarca.

— ¿ Quién eres ? dijo el Emperador con altivez.

— Un hombre, respondió Cortés, que ha dado á V. M. más provincias, que ciudades heredó de sus antepasados.

La doble renuncia que hizo el emperador Carlos V del imperio y del trono de España, es el acto más digno de admiración de toda su vida. Conociendo este príncipe muy á fondo la vanidad de todas las grandezas, y la falsa brillantez de las coronas, prefirió el retiro de San Yuste al palacio imperial ; hallando en este estado una satisfacción mucho más sólida que en ser el árbitro de la Europa. La gloria que rodea á la grandeza nos inclina á admirar á los que la renuncian libremente.

AMOR Á LA PATRIA.

Condenado á muerte Foción por sus conciudadanos, hizo llamar á su hijo antes de beber el veneno, y le dijo: Amado hijo mío, te encargo que sirvas á la patria con tanto celo como tu padre lo ha hecho; olvidando siempre que una muerte injusta fué el premio de sus servicios.

Cuando Jerjes invadió la Grecia, se vió en Esparta el gran imperio que tiene el amor de la patria sobre las almas grandes y fuertes. Hombres, mujeres, niños, ancianos, todas las edades, todas las condiciones se disputaron á porfía la gloria de hacer los mayores sacrificios. Armando una madre á su hijo para ir al combate, le dijo al entregarle el escudo: *vuelve con él ó sobre él*; porque era costumbre entre los lacedemonios, traer sobre sus escudos á los que habían muerto en la acción peleando con valor. Al saber otra madre que uno de sus hijos había muerto con gloria en la batalla, dijo: no me admira, era mi hijo.

Otra madre, que tenía cinco hijos en el ejército, deseaba con ansia noticias de la batalla, y temblando preguntó á un esclavo, que venía del campamento, ¿qué había de nuevo? Todos vuestros hijos han muerto, respondió el esclavo. Vil esclavo, replicó ella con indignación, ¿por ventura es eso lo que yo te pregunto? El esclavo repuso: nosotros hemos salido victoriosos. Y ella corrió al templo á dar gracias á los dioses.

AMOR FILIAL.

Después de haber ganado Augusto la batalla en Accio, se puso á pasar la revista de los prisioneros, entre los que se hallaba Metelo, uno de sus más encarnizados enemigos. Aunque estaba horriblemente desfigurado con la miseria y los disgustos, su hijo, que servía en el ejército victorioso, le reconoció inmediatamente, y fué á arrojarse entre sus brazos. Después, volviéndose con los ojos bañados en lágrimas á Augusto, le dijo así: Señor, mi padre ha sido vuestro enemigo, y como tal merece la muerte; pero yo os he servido con fidelidad, y merezco una recompensa: os pido pues, por premio de mis servicios, que concedáis la vida á mi padre, y me hagáis morir en su lugar.

Augusto quedó tan conmovido de este rasgo de piedad filial, que concedió la vida á Metelo.

Un romano fué condenado á muerte, y entregado al verdugo para que lo matase en la prisión. Éste, compadecido de sus lágrimas, no pudo resolverse á quitarle la vida, y le dejó abandonado en el calabozo, esperando que no dejaría de morir de hambre; pero permitía entrar en la prisión á una hija del desgraciado, teniendo cuidado de asegurarse antes que no llevaba víveres ningunos. Sin embargo pasaba tiempo, y sorprendido de que el prisionero existiese aún, se puso á observar la hija, y no tardó en reconocer, con tanta ternura como admiración, que esta mujer daba de mamar á su padre para prolongarle la existencia. Entonces, arrebatado de entusiasmo, fué á dar cuenta de todo al magistrado. Al momento corrieron todos á la cárcel, de donde sacaron en triunfo al padre y á la hija, y el pueblo romano, justo recompensador de la virtud, concedió la vida al uno, y asignó á la otra una buena pensión sobre el tesoro público.

Juan Basilovitz, czar de Moscovia, se vistió un día de mendigo, y fué á una aldea á pedir de puerta en puerta,

asilo para pasar la noche. En todas partes se negaron, menos en casa de un pobre, cuya mujer estaba de parto. Al irse el czar por la mañana, le ofreció traerle un padrino para su hijo. Vino, en efecto, con toda la pompa de su dignidad, y colmó de dones á su huésped.

En seguida, mandó á sus guardias que prendiesen fuego á todas las casas de la aldea, obligando á los vecinos á pasar la noche al raso, á fin de que fuesen más caritativos, luego que experimentasen lo que se sufre en una noche fría, sin lumbre y sin cena.

Hatemtaz era el árabe más liberal de su tiempo. Preguntáronle si había conocido á alguien que tuviese un corazón más noble que él, y respondió: un día, después de haber hecho un sacrificio de cuarenta camellos, salí al campo con unos señores árabes, y vi un hombre que había hecho haces de leña para quemar. Díjele que por qué no iba á casa de Hatemtaz, donde había un gran concurso para recibir los regalos que hacía. El que puede comer con su trabajo, me respondió, no quiere deber favores á Hatemtaz. Este hombre, añadió Hatemtez, tiene un corazón más noble que el mío.

Francisco I envió á América en 1534, á Jacobo Cartier, marino de San Maló, para hacer descubrimientos: y en efecto, descubrió el Canadá. ¡Qué, decía este monarca, el rey de España, y el de Portugal parten entre sí tranquilamente el Nuevo Mundo, sin darme una parte! Yo quisiera ver la cláusula del testamento de Adán que les ha legado la América.

Un célebre conquistador, á quien el senado romano preparaba un triunfo, hizo levantar su estatua, no de oro, plata ni bronce, como habían hecho los demás, sino de cera. Habiéndola colocado en una plaza pública, rodeada de hachas encendidas, el calor la destruía poco á poco. Con esto quiso mostrar que los triunfos del mundo brillan un momento, mas que su mismo esplendor contribuye á destruirlos.

Preguntado un árabe ignorante, qué pruebas tenía de la existencia de Dios, respondió: así como por las huellas que veo en la arena, conozco si es un hombre ó una fiera la que ha atravesado el desierto, así también recorriendo con la vista los cielos con sus brillantes estrellas, y la tierra con sus admirables producciones, conozco la existencia y poder de Dios.

Hablábase en una casa de Londres, del proyecto de los franceses de hacer un desembarco en Inglaterra. Un niño de nueve años, que escuchaba atentamente la conversación, dijo, levantándose de su silla: si los franceses vienen aquí, ¿traerán niños con ellos? Yo no sé, respondió el padre, ¿pero á qué viene esa pregunta? Porque, respondió el niño apretando el puño, yo me batiría con ellos de muy buena gana. Los circunstantes, encantados de esta ocurrencia, besaron al chico, alabando su generosa resolución.

Anunciándosele un día á Carlo Magno la muerte de cierto obispo, preguntó cuánto había legado á los pobres, y como le respondiesen que sólo dos libras de plata: muy poco dinero es ese para tan gran viaje, dijo un clérigo joven que estaba presente. El príncipe, satisfecho de esta reflexión, le dió el obispado, diciéndole: no olvidéis jamás lo que acabáis de decir: dad á los pobres abundantes limosnas, y no imitéis el ejemplo de vuestro antecesor, cuya conducta habéis vituperado.

Carlos V rogó á un caballero español que cediese su palacio, que era muy hermoso, al condestable Borbón. Como el caballero se opusiese, Carlos le dijo que debía mirar como una honra el dar alojamiento á tan gran general. El español respondió que no desconocía las cualidades del príncipe, mas que también estaban empañadas con la traición que hacía á su patria la Francia. Yo le recibiré por obediencia, añadió, pero permitidme que tan pronto como salga el príncipe, pegue fuego al palacio, porque no puedo resolverme á ocuparle después de haber vivido en él un traidor.

Uno de los últimos reyes de España, á quien la suerte de las armas había quitado muchas plazas importantes, recibía, no obstante, de sus cortesanos, el título de Grande. Su grandeza, dijo un español, es como la de las zanjas, que son mayores cuanto más tierra las quitan.

El abate Regnier, secretario de la Academia francesa, recogía un día en su sombrero la suscripción de los individuos para ciertos gastos de la corporación, y no habiendo visto que Rose, hombre avaro, hubiese echado su parte, le presentó por segunda vez el sombrero. Rose aseguró que ya había dado, á lo que el abate contestó: lo creo, mas no lo había visto. Fontenelle, que estaba al lado, añadió: pues yo lo he visto, mas no lo creo.

Francisco I supo que un oficial se quejaba de que el rey fuese tan liberal con los ricos, y no hiciese caso de él, que lo necesitaba todo: Hízole llamar, y le dijo: sé que os quejáis de mí. Ved dos bolsas iguales, la una llena de oro, y la otra de plomo; escoged, y veamos si es de la fortuna ó de mí de quien debéis quejaros. El oficial escogió, y tomó la de plomo. Ahora bien, le dijo el rey, ¿quién tiene la culpa de que no os enriquezcáis?

RASGOS DE ALFONSO V DE ARAGÓN.

Este príncipe volvía de Sicilia en una galera, y los señores que le acompañaban en este viaje iban todas las mañanas á hacerle la corte. Un día le hallaron entretenido en tirar pan al mar á los pájaros que volaban alrededor; y volviéndose á ellos, les dijo: estos pájaros son como mis cortesanos, que así que reciben los beneficios que esperan, desaparecen al instante.

Sabiendo Alfonso que algunos de sus súbditos, á quienes había hecho mucho bien, hablaban mal de él, lejos de castigarlos, se contentó con decir: es propio de los reyes el criar ingratos, mas no por eso me impedirán el ser benéfico y generoso.

La ciudad de Nápoles había determinado erigir un monumento que recordase las grandes acciones de este rey. Ya estaba designada la plaza donde había de colocarse, y se trataba para agrandarla, de derribar la casa de un antiguo oficial con muchos servicios, mas el rey no quiso permitirlo, diciendo: prefiero verme sin ese vano monumento, á destruir la casa de un hombre que me ha servido bien.

Un particular, muy conocido en la corte, había reñido con cierto señor; y con todo, siempre hablaba bien de él. Extrañábase tanto más su conducta, cuanto se sabía bien su enemistad contra el otro; pero la perspicacia de Alfonso penetró al través de tantos elogios, y descubrió los designios de venganza que abrigaba aquel corazón ladino. Con efecto, seis meses después, creyendo que era ya tiempo oportuno de ejecutar su proyecto, acusó á su contrario de un supuesto crimen, y empezó á perseguirle ante los tribunales. Alfonso hizo absolver al supuesto criminal, y llamando al acusador, le reprendió agriamente, mandándole dar satisfacción á su enemigo.

Los muertos, decía este rey, son mis más fieles consejeros y sabios ministros. Sus escritos me dicen la verdad; cuando quiero, les pregunto, y siempre me responden sin pasión, ni temor alguno de desagradarme.

Un día, yendo Alfonso á caballo, el paje que le precedía le hirió inconsideradamente, tirando de una rama de árbol, que en su sacudimiento fué con violencia á dar al rey en un ojo, del que le saltó sangre. Este accidente disgustó sobre manera á la comitiva, pero el rey, á pesar del dolor que sentía, los tranquilizó, diciendo con mucho sosiego: lo que

más siento es el miedo y pena del pobre paje, que me causa este mal rato.

Estando un día á la mesa, dió la copa á su copero, mandándosela llevar á cierto señor, á quien este criado odiaba. El copero se resistió por tres veces al mandato; el rey perdiendo la paciencia, se levantó con la espada desnuda, y cuando ya iba á herirle, le dijo, tirando la espada: más vale perdonarte que escuchar el placer de la venganza.

Pasando con su ejército por delante de Capua, cierto hombre se le acercó furioso, y deteniéndole el caballo, le hartó de desvergüenzas. Oyólas Alfonso con paciencia, y cuando conoció que el hombre se había desahogado, continuó su camino sin responderle palabra.

Un día encontró el rey á un aldeano que conducía una burra cargada de harina, y que, atacada en un barrizal, tenía al hombre en grandísima augustia. Al punto bajó del caballo, y ayudó al aldeano á tirar de la burra. En esto llegaron los de la comitiva, que viendo al rey lleno de lodo, se apresuraron á limpiarle, y mudarle de vestido. El aldeano, que conoció á S. M., empezó á pedirle mil perdones. Alfonso le tranquilizó con bondad, y le dijo: hemos nacido para ayudarnos mutuamente.

Una violenta tempestad hizo al rey entrar en una isla. Viendo allí una de sus galeras próxima á perderse, mandó que la socorriesen; pero los marinos le dijeron que más valía perder una embarcación que exponer las otras. El rey, sin escuchar este consejo ni deliberar más, parte al instante al socorro de la galera Los marinos entonces, viendo la resolución y el riesgo del rey, acudieron todos allá. La empresa fué peligrosa, pero se logró al fin; con lo que dijo Alfonso: hubiera preferido sumergirme en el mar con mi armada, antes que ver perecer á esos miserables sin alargar la mano para socorrerlos.

Una noche que volvía de cierta expedición, se detuvo en una aldea, y entró en un mesón acompañado de un solo oficial. Había alrededor del fuego varios soldados que, por casualidad, se hallaban en la misma posada, y que no conociendo al rey, comenzaron á insultarle, y aun á decirle que no permitirían que se alojase allí, porque ya la casa estaba llena, y que si no se retiraba pronto, le tirarían los tizones á la cara. Él callaba, y se sonreía; á poco llegaron sus guardias, que sacaron á los soldados del error que habían padecido. Entonces éstos se arrojaron á los pies del rey, quien los levantó con benignidad y los mandó sentar á la mesa de sus criados.

Colmándose de elogios un día en presencia de Alfonso al General Picini, guerrero sumamente distinguido, dijo friamente uno de la comitiva: ese hombre á quien se alaba tanto es hijo de un carnicero. El rey, enfadado de esta impertinencia, le contestó: sabed que el hijo de un carnicero que sabe elevarse por sus buenas acciones, es superior al de un rey que no tiene otro mérito que el rango de sus abuelos.

Un adulador fastidioso cumplimentó un día á Alfonso, diciéndole con énfasis: vos no sois simplemente rey; sois hermano, sobrino é hijo de reyes. ¿Qué os parece prueba todo eso? dijo Alfonso. Sólo que yo tengo la corona de mis antepasados, sin haber hecho nada para merecerla.

Se ha citado con frecuencia una respuesta que dió Catinat á Luis XIV, cuando disfrutaba el más alto grado de favor. Después de haberle hablado este monarca sobre las operaciones de la guerra, le dijo con toda la gracia con que sabía sazonar sus discursos: bastante hemos hablado de mis negocios; veamos ahora cómo están los vuestros. — Señor, gracias á las bondades particulares de V. M., yo tengo cuanto necesito. — Hé aquí el único hombre de mi reino que usa este lenguaje, le replicó el rey. — En efecto, madama de

Maintenón confesaba que él era el único que nada había pedido. Yo no quiero, acostumbraba decir sirviéndose de una expresión enérgica, parecerme á esos criados que manchan sus servicios pidiendo al amo que les aumente el salario.

PRESENCIA DE ESPÍRITU Y SANGRE FRÍA.

El hijo de un labrador de la provincia de Wiltshire, en Inglaterra, llamado Brown, de edad de doce años, acostumbraba ir á una villa cercana á hacer las provisiones. Como aquellos contornos se hallasen infestados de ladrones, el muchacho escondía á prevención las monedas de oro, llevando en el bolsillo las de plata y cobre. Un día que iba por el campo, se le presentó un ladrón pidiéndole el dinero. Brown, fingiéndose sorprendido, le dijo : ya que queréis mi dinero, justo es que vayáis por él ; y tiró del otro lado de un foso un puñado de monedas. El ladrón viendo que eran muchas fué á recogerlas, dejando á Brown tiempo para huir; mas volviendo la cara, vió con sorpresa al muchacho que, montado en su caballo, corría á todo escape. Seguramente no esperaba esta acción de un contrario tan joven.

La maleta del ladrón valía infinitamente más que las monedas que Brown había dejado abandonadas.

LA LECTURA.

En la lectura debe cuidarse de dos cosas : escoger bien los libros y leerlos bien.

Nunca deben leerse libros que extravíen el entendimiento, ó corrompan el corazón. Las lecturas irreligiosas ó inmorales no conducen á la ciencia, por el contrario son una fuente de frívola superficialidad.

Conviene leer los autores, cuyo nombre es ya generalmente conocido y respetado : así se ahorra mucho tiempo y se adelanta más. Estos escritores eminentes enseñan, no sólo por lo que dicen, sino también por lo que hacen pensar. El espíritu se nutre con la doctrina que le comunican, y se despierta y desarrolla por las reflexiones que le inspiran. Entre dos hombres, uno mediano, otro eminente, ¿quién preferiría consultar al mediano ?

Ningún arte ni ciencia debe estudiarse por diccionarios, ni enciclopedias : es preciso sujetarse primero al estudio de una obra elemental, para dedicarse en seguida con fruto á la lectura de las magistrales. Los diccionarios y enciclopedias sirven para consultar en casos dados y refrescar especies, mas no para aprender las cosas á fondo.

Non multa, sed múltum : se ha de leer mucho, pero no muchos libros ; esta es una regla excelente. La lectura es como el alimento : el provecho no está en proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere.

La lectura debe ser pausada, atenta, reflexiva : conviene suspenderla con frecuencia para meditar sobre lo que se lee ; así se va convirtiendo en substancia propia la substancia del autor, y se ejecuta en el entendimiento un acto semejante al de las funciones nutritivas del cuerpo.

Suele decirse que es más útil leer con la pluma en la mano, apuntando lo más importante que ocurre ; esta regla es en efecto muy provechosa ; mas para guardarse de algunos inconvenientes, será bueno recordar lo que sigue : 1°. se corre peligro de escribir muchas cosas inútiles y de gastar, haciendo extractos, un tiempo que se emplearía mejor en la repetición de la lectura : 2°. encomendándolo todo al papel, se cultiva menos la memoria : el mejor libro de apuntes es la cabeza ; ésta no se traspapela ni embaraza : 3°. cuando se